

que el otro engaña. El solidario es el medio providencial para aterrar á los débiles que se asustan de la violencia y se rien con la astucia. Por eso no he debido hablar del solidario sin hacerlo del mason.

El número de francmasones, segun la estadística publicada en Bélgica en este mismo año, asciende á 500,000 *activos* en todo el mundo, habiendo además unos ocho millones de adictos ó pasivos. Algunos Reyes de Europa figuran al frente de las logias de sus respectivos países, y constan sus nombres en los almanaques de la secta. Aunque sean públicos, no creo conveniente consignarlos en esta obra, con respecto á los que guardan reserva, y si he consignado el del Emperador Napoleon, es por ser esto público en toda Europa, y aun oficial.

Al morir el Rey Leopoldo de Bélgica, el Gran Oriente ha publicado una carta, con fecha 11 de diciembre de 1865 avisando que: "*Leopoldo Jorje, Christian de Sajonia-Coburgo, Rey de los belgas*, revestido del grado de *Cab. . K. . D. . 30º grado* (1), ha muerto ayer con la calma y serenidad del justo y con el estoicismo del verdadero mason."

A este caballero Kadosk, prodigó el conde de Montalembert grandes elogios en el primer Congreso de Malinas. Y si lo sabía ¿fué decente elogiar allí á un mason? Ignoraba el señor conde lo que sabian todos?

NUMERO. 6º.

Crueldades de herejes con los catolicos.

Uno de los argumentos que los policultistas suelen hacer á favor de la libertad de cultos y contra la intolerancia de los católicos, es la acumulacion de hechos por lo comun exagerados, acusando de fanatismo sanguinario á los defensores de la unidad católica, y queriendo hacer á estos responsables de los escesos y abusos de algunos pocos católicos, ó á veces de los políticos, que tenian muy poco de católicos. Al mismo tiempo callan sistemáticamente, no solamente otras crueldades menores cometidas por ellos en odio del Catolicismo, sino la parte de culpa que ellos tuvieron en aquellos escesos.

(1) Quiere decir caballero francmason Kadosk del grado XXX: solo le faltaban tres para llegar al último. El maestro siempre se reserva una leccioncita.

Desde el siglo pasado se principió á ocultar, desfigurar y adulterar la verdad histórica sistemáticamente, en odio del Catolicismo, por los esfuerzos no solamente de los protestantes, sino tambien de los enciclopedistas y volterianos, sus auxiliares y naturales aliados. Así, por ejemplo, estos, en vez de hablar de los *camisardos* y sus horribles escesos, torcieron la historia, echando toda la culpa á los dragones que el gobierno francés tuvo que enviar para reprimir aquellos asesinos fanáticos, que llevaban por bandera el cadáver de un niño atravesado en una pica, y dieron á este pasaje de la historia el título de *Las Dragónadas*.

Algunos católicos tibios se han dejado coger en estas redes, aceptando la nomenclatura herética é impía. Esto no debe seguir como hasta aquí. Es preciso que los católicos se acostumbren á llamar las cosas por sus nombres con energía, y no dejarse dominar cobardemente por las burlas de los herejes y sus auxiliares. Los campos se van deslindando, y los católicos tibios vale mas que se decidan de una vez. En una batalla los cobardes estorban. El capitán israelita, antes de entrar en acción, exhortaba á retirarse á los que pudieran tener motivo de temor (1). No cabe neutralidad: el que no está en el Catolicismo no es católico, aunque se apellide tal. *Qui mecum non est, contra me est.*

No pudiendo aquí citar hechos minuciosamente y dar sus pruebas, lo cual alargaría esta obra demasiado, me concretaré á citar las obras y libros en que pueden comprobarse aquellos y estas. El que quisiere estudiar detenidamente y en conjunto las crueldades cometidas por los herejes contra los católicos puede consultar la obra ya citada *Theatrum crudelitatum haereticorum nostri temporis*, escrita por Rich. Verstegan, *Antuerpiae*, 1517, un tomo en 4º con láminas. Esta obra se ha hecho rara, y apenas se halla en las bibliotecas, á pesar de haberse hecho varias ediciones, que cita Brunet en su *Manual del librero*. Convendría que la *Librería Religiosa*, ó algun editor católico, la hiciera traducir y publicar en castellano.

Los hechos que los herejes echan en cara á los católicos, mas principalmente, desde la época de la Reforma, son:

- 1º La Inquisicion.
- 2º Condenacion de Galileo (1).

(1) *Deuteron.*, cap. XX.

(1) Sobre la condenacion de Galileo se han escrito mil patrañas, que la sana crítica ha principiado á poner en claro. No estuvo preso en la Inquisicion, sino en casa del embajador de Toscana. (Véase á Bergier, *Diccionario de Teología*. V. *Ciencia*.)

- 3º La Sain-Barthélemy.
- 4º La conspiracion de la pólvora.
- 5º Los asesinatos de Enrique III y Enrique IV.
- 6º Las que llaman ellos *Dragonadas*.

Contra estos capítulos de culpas, que luego veremos no ser tales, oponemos los católicos á los protestantes los cargos siguientes irrecusables.

- 1º La matanza de los campesinos por Lutero.
- 2º La quema de Servet por Calvino.
- 3º La Saint-Barthélemy de Pau, por la madre de Enrique IV, que precedió á la de Paris.
- 4º Los asesinatos de Tomás Moro y otros católicos ingleses por Enrique VIII, Kramer y el Obispo de Londres.
- 5º Asesinato de María Estuard por Isabel de Inglaterra.
- 6º La Inquisicion inglesa en tiempo de la dicha Isabel.
- 7º Las traiciones de Coligny y los hugonotes contra los católicos y su propia patria.
- 8º Los asesinatos de misioneros católicos por el pirata calvinista Jacques Soria y otros protestantes.
- 9º Las crueldades de los protestantes ingleses en Irlanda.
10. Las atrocidades de los fanáticos llamados *Camisardos*.
11. Los martirios del Japon promovidos por los protestantes holandeses.

No acumulo mas, porque creo muy suficientes los hechos históricos que acabo de citar para responder á los cargos de los protestantes y devolvérselos con usura.

Matanza de los campesinos por escitaciones de Lutero.

Es muy comun hoy dia entre literatos de reata, periodistas y oradores demagogos considerar á Lutero como primer autor de lo que llaman *Emancipacion del pensamiento y de la libertad de los pueblos*. Nada mas falso. Lutero no sufría impugnaciones. Lutero era un *servil* en toda la estension de la palabra, adulador de los príncipes, encubridor de sus pasiones bajas, tolerador de la poligamia, palaciego y enemigo del pueblo, al que trataba con el mayor desprecio.

Exasperados les campesinos de Alemania con los malos tratamientos de los señores feudales protestantes, y fanatizados por las doctinas de los pretendidos reformados, se sublevaron contra toda autoridad. Mientras no hicieron mas que arrasar iglesias y quemar monasterios y conventos con sus bibliotecas y preciosidades artísticas, los príncipes protestantes nada dijeron; pero, cuando les tocó el turno, se armaron contra aquellos furibundos y los pasaron á cuchillo. La matanza fué horrible:

aquestos fanáticos, esperando el auxilio del cielo, al ver venir sobre ellos la caballería, se pusieron de rodillas, rogando á Dios con gran vocerío, y esperando que bajara fuego para esterminarla, como á los perseguidores de Elias. El hereje Munzer que los acudillaba, herido y preso en la batalla de Franckenaue, fué ajusticiado por los protestantes con gran *tolerancia*. Desde el cadalso acusó á Lutero de ser el autor de aquella revolucion, que habia costado la vida á 100,000 hombres.

Oigamos cómo se espresaba el *sensible*, el liberal Lutero, el amigo del pueblo y de la libertad de pensar. En una carta á Rubel le dice, en el estilo soez y ramplon que solia usar cuando se enfadaba: "Al asno le corresponde el cardo, la albarda y el látigo: así lo ha dicho la Sabiduría. A los plebeyos (*los paisanos*) paja y cebada. Si no quieren ceder, para eso están el palo y el arcabuz: eso es lo que dicta el derecho. Oremos para que obedezcan; pero, si no ceden, nada de piedad con ellos."

No teniendo yo las obras de Lutero, ni facilidad de consultarlas, cito este pasaje bajo el testimonio de Audin, biógrafo de Lutero, pág. 291 (1).

Lutero, lo mismo que Melancton, Calvino, Knox, Beza y todos los corifeos de la llamada *Reforma*, opinaban que se debía quemar á los herejes (2).

Las palabras de Melancton á propósito de los campesinos, son terminantes: "Esos rústicos son unos necios: *¿para qué quieren esos hombres mas libertad que la que tienen?* ¡José aumentó los tributos en Egipto, porque *al pueblo* no conviene soltarle la brida!"

¡Hé aquí los estupendos liberales del siglo XVI, padres conscriptos de la libertad del pueblo, al decir de los modernos tribunos de la plebe!

Calvino escribió todo un libro para probar que los herejes deben ser quemados (3), y Teodoro Beza opinaba y escribía en el mismo sentido. Sus escritos en este sentido son bien conocidos é irrecusables. Veamos ahora sus hechos en conformidad de estas doctrinas.

(1) Audin: *Histoire de la vie, des ouvrages et des doctrines de Luther*.: Paris, 1849.

(2) Idem, pág. 284.

(3) Sostuvo esta doctrina, no solamente en el tratado *Fidelis expositio*, sino tambien en las *Cartas á M. de Poet*.

Quema de Servet por Calvino.

Miguel Servet era un médico español, que hubiese hecho grandes beneficios á la humanidad si, contentándose con escribir de medicina, de la que sabia mucho, no se hubiera metido á teólogo, por ese afán que aqueja á los hombres grandes de meterse á delirar sobre lo que no entienden. A muchos médicos les ha sucedido eso mismo, haciéndose groseros materialistas. Atribúyese á Servet el descubrimiento de la circulación de la sangre; pero tanto acerca de esto como de su patria (4) se ha escrito mucho, sin avenirse hasta ahora los contendientes. Estas cuestiones de erudición para la presente importan muy poco ó nada.

Estudió en París, y contagiado con los errores protestantes, no pudo volver á España, por lo que se fijó en Viena del Delinado.

En 1531 escribió su primer libro sobre la Trinidad. Al año siguiente escribió otro, en que modificó las opiniones emitidas en el primero, y siguió vacilando en sus errores hasta que en 1553 escribió el último y mas disparatado, con el título de *Christianismi restitutio*. Andaba desavenido con Calvino, el cual, para vengarse, intrigó contra él, y logró que su libro fuera presentado á las autoridades de Leon, las cuales le pusieron preso, pero no con tanta vigilancia que no lograra escapar de las cárceles y de Francia. Por desgracia suya se metió en Ginebra, cayendo en la red que el sanguinario Calvino oculta-mente le habia tendido. El mismo lo delató é hizo prenderle. El consistorio protestante, que hablaba mucho de tolerancia, aconsejado por los magistrados de Basilea, Berna, Zurich y de Schaffhouse, le condenó á ser quemado vivo, y el suplicio se ejecutó en la plaza de Ginebra, la *Roma protestante*. Calvino infamó su memoria, diciendo que murió con gran cobardía: los socinianos pretenden que mostró gran entereza. No es fácil averiguar la verdad. Ello es que los protestantes le quemaron vivo, el año de 1553, y con él quemaron sus libros.

La conducta de Calvino fué acriminada por algunos protestantes. Lejos de vindicarse, halló este muy natural y sencillo el haber quemado á Servet, y haciendo preceder aquel suplicio de tales tormentos, que jamás los usó la Inquisición de España.

(4) *De Trinitatis erroribus, libri septem, per Michaellem Servetum alias Reves, ab Aragonia Hispanum.*

Estos hechos son tan ciertos y conocidos, que no los niegan ni aun los protestantes mismos; pero si alguno se atreviese á negarlos, podria convencersele, no solamente con los datos acumulados por Audin en la vida de Calvino, sino tambien por la *Historia eclesiástica protestante de Mosheim* (siglo XVI, sec. 3ª parte 2ª, cap. 4), y, sobre todo, con la carta de Calvino á M. de Poet y su *Fidelis expositio*.

El asesinato jurídico de Servet, que al fin era un extranjero y emigrado en Suiza, escelente médico, pero ridículo teólogo, débil de carácter y vacilante, negando hoy lo que habia dicho ayer, fué un gran baldon para el protestantismo, que por entonces exigia en Francia la *libertad de conciencia*, mientras quemaba en su *Roma* á los partidarios del libre exámen. Al fin la Inquisición era consiguiente en sus doctrinas, y se apoyaba en las leyes civiles y eclesiásticas: ni daba ni pedia cuartel. Pero los calvinistas suizos unian á la crueldad la inconsecuencia.

No fué solamente con Servet con quien se ensangrentó Calvino. Bolsse, fraile apóstata, Castalion, Gentilis, Okin y Blandart tuvieron que huir de Ginebra ó retractarse, y los tres últimos estuvieron para ser quemados por sostener las doctrinas de Servet.

Asesinato del P. Acevedo y setenta Jesuitas por el pirata calvinista Jacques Soria.

El P. Ignacio Acevedo, de la Compañía de Jesus, habia venido á Europa desde el Brasil, á fin de obtener mas operarios que asegurasen el éxito de sus misiones en aquel pais: prestáronse muchos á seguirle, y no cabiendo todos en un buque, hubieron de repartirse en la armada que, al mando de Vasconcellos, salia de Portugal para el Brasil el año de 1571.

El P. Acevedo, con treinta y nueve Jesuitas mas, se embarcó en el buque llamado *Santiago*: los otros treinta y dos entraron á bordo de otro llamado *huérfanos*, porque iban en él varios jóvenes á quienes la epidemia habia dejado sin padres. Una tormenta dispersó la escuadra. El buque *Santiago*, separado del resto de la flota, se encontró con el pirata Jacques (Santiago) Sourie, á quien los españoles de aquel tiempo llamaban Jacques Soria. Era este un calvinista rabioso, amigo de Coligny, y que servia á las órdenes de Juana Labrit, la madre de Enrique de Bearne. Los calvinistas franceses, lo mismo que los protestantes holandeses, se habian dedicado á la Marina con preferencia, por razones especiales y fáciles de comprender. Reunidos en sus buques practicaban su religion sin

inconveniente alguno, evitaban las persecuciones, y, por el contrario, se hacían perseguidores, echando á pique los buques católicos, saqueando á mansalva los puertos pequeños, llevando refuerzos, armas y avisos á sus co-religionarios, y degollando á los misioneros católicos que caían en sus manos. Las crónicas de los institutos religiosos, principalmente de los dominicos, franciscanos, agustinos y jesuitas, están llenas de noticias de tales asesinatos, y sería prolijo referirlas. Hasta los misioneros de San Vicente de Paul, con ser tan modernos, y su instituto del siglo XVII, pagaron también su tributo á la piratería protestante en vida de su Santo fundador.

Seis buques llevaba Jacques Soria cuando se puso á dar caza al *Santiago*. Heróica fue la resistencia de aquel navío, solo contra seis en medio del mar, y sin esperanza de socorro humano. El P. Acevedo se negó á que tomaran parte en el combate los jóvenes Jesuitas, como quería el capitán, pero en cambio socorrian á los heridos, auxiliaban á los moribundos y exhortaban todos con la voz y el ejemplo á los combatientes, permaneciendo sobre cubierta los que eran necesarios, sin temor al fuego ni al peligro.

Viólos sobre la cubierta el pirata, y esta presa era mas codiciada para él que la captura misma del buque: mandó que los seis suyos embistieran al *Santiago* todos á la vez. El capitán murió, y gran parte de la marinería había sucumbido: el buque fué tomado al abordaje, y los treinta y nueve Jesuitas fueron pasados á cuchillo, después de mil burlas sacrílegas y horribles tormentos. Solo fué reservado un Jesuita que servía de cocinero, y que el pirata reservó para el mismo oficio en su buque. Aun á este dudaba el pirata en dejar de asesinarlo. Un sobrino del capitán le dijo con valor:

—Si quieres completar el número, sábetelo que yo soy Jesuita, pues me habían ofrecido admitirme en la Compañía en llegando al Brasil.

—Pero tú no vistes la ropa de ellos.

—¡Poco importa! dijo el valeroso joven.

Y quitando la sotana al cadáver de un Jesuita que iban á echar al mar, se la puso á todo prisa, diciéndole al pirata:

—Ya me tienes vestido de Jesuita.

—Pues que lo quieres, vete con ellos, le dijo el pirata tirándole una estocada.

Su cadáver flotaba sobre las olas un momento después, al par de los otros treinta y nueve Jesuitas.

El buque donde iba Vasconcellos con los otros treinta y dos Jesuitas, entre ellos los PP. Diaz y Castro, fué igualmente alcanzado por cuatro buques franceses y uno inglés, todos protestantes, y mandados por otro pirata hereje, llamado Capdevila. Después de una heróica resistencia, en que murió el al-

mirante, también fué apresado este otro buque, y los otros treinta y dos Jesuitas pasados á cuchillo, después de atormentados: á casi todos ellos se entretuvieron los herejes en picarles la corona con sus hachas de abordaje, partiéndoles la cabeza por la corona misma.

De los setenta y dos Jesuitas ni uno entró en el Brasil. Con todo, para el año 1572 otros tantos navegaban para allá con mejor fortuna, en lo humano. En lo humano digo, porque para el misionero católico es preferible la suerte de los setenta y dos primeros.

Benedicto XIV, en 21 de setiembre de 1742, mandó hacer información sobre el martirio de aquellos setenta y dos misioneros españoles y portugueses. Pueden verse mas datos y otros muchos martirios de Jesuitas á manos de herejes en las crónicas de la Compañía, por Alegumbe, Nieremberg y otros y también en la moderna historia de la misma por Crétineau Joly (1).

Dícese que Juana Labrit desaprobó la conducta de Jacques Sourie. Poco se conoció en la enmienda. Juana de Navarra reunía á los otros vicios el de la hipocresía, siendo tan taimada como Isabel de Inglaterra, á pesar de los elogios mancomunados de los protestantes y los volterrianos.

Veamos un rasgo de ella.

La Saint-Barthélemy de Pau.

Los protestantes, los impíos y policultistas citan á cada paso la *Saint-Barthélemy de Paris*, nombre que dan á la matanza de protestantes franceses en la noche de San Bartolomé, ó sea el 24 de agosto de 1572 (2); pero se guardan bien de hablar de la *Saint-Barthélemy* bearnesa, en que el protestante Montgomery, con el beneplácito de Juana Labrit (*d'Albret*), madre de Enrique de Bearne, que después se apellidó Enrique IV de Francia, mujer taimada y pertinazmente calvinista, pasó á degüello, con gran perfidia, un gran número de caballeros católicos bearneses, contra la fe de los tratados.

Juana Labrit autorizó también la horrible carnicería de curas

(1) Véase el del P. Acevedo en el tomo II, cap. XII.

(2) No puedo menos de reprobar se den nombres de Santos á hechos horribles y vituperables. Por remedar á los franceses en todo, nuestros remedadores políticos han dado en llamar la *San Daniel* á la *dispersion* de los silbantes en la noche del 10 de abril de este año.

y de religiosos, que se hizo en Orthez, en tal número, que corriendo la sangre hasta el río Gave, parecía este un río de sangre.

Una historia antigua de Navarra, hablando de la matanza de católicos el día de San Bartolomé en Pau, dice así: "Estas noticias exasperaron en extremo al Rey Carlos de Francia, que desde entonces concibió el proyecto de hacer un segundo Saint-Barthélemy, en expiación del primero."

Al hablar el mismo autor de esta segunda noche, añade: "Acor-dábase aun de los caballeros asesinados en Bearne á sangre fría por Montgomery, el cual se paseaba jactanciosamente por París. Todas estas cosas hicieron al Rey resolverse á ejecutar un castigo sangriento..." (*Historia de Navarra*, lib. IV.) (1).

Así, pues, como hubo en poco tiempo y con diferencia de pocos años dos matanzas distintas en noches del 24 de agosto, cuando se hable de la *Saint-Barthélemy*, el católico y el crítico deben ante todo preguntar de cuál se trata; si de la bearnesa, ó la parisiense. Esto solo bastará para hacer callar á cualquier argumentante, que tenga un poco de vergüenza, pues sería mucha impudencia echar en cara á los católicos la segunda sin hablar de la primera y mas atroz de los protestantes contra los católicos, que fué en gran parte causa y ocasión de la segunda.

Por lo que hace á Coligny, á quien los protestantes consideran como mártir, era un traidor á Dios, al Rey y á su patria. Indujo á Poltrot á que asesinara al valiente duque de Guisa, que habia conseguido rescatar á Calais de manos de los ingleses. Mientras que los católicos franceses peleaban por la independencia de su patria y la integridad de su territorio, el faccioso y traidor Coligny ofrecía á los ingleses los puertos del Havre y la Rochela, en compensación de Calais, ganada por los católicos.

Sobre las traiciones de este malvado puede verse la carta de Willian Cobbet, que, á fuer de inglés y enemigo de Francia, es harto imparcial en la materia (2).

Véase también la citada obra *Observaciones sobre el protestantismo*, en que están compendiadas todas las traiciones de los

(1) La cita está tomada de la obra titulada *Observaciones sobre el protestantismo*: Discurso compuesto para leerlo en el Consejo del Rey de Francia por un ministro amante de su patria, impresa en París el año 1787: un tomo en 8º marquilla. No he hallado en Madrid esta historia. No poseyendo la obra francesa á que se refiere, no se ha podido evacuar esta cita; pero tampoco hace falta, pues el hecho es muy conocido y puede verse consignado en otras historias de Francia.

(2) Carta IX.

calvinistas franceses desde mediados del siglo XVI hasta el XVIII inclusive.

Acerca de las verdaderas causas de la matanza de hugonotes en París, en la noche 24 de agosto de 1572, véase la *Disertacion* del Abad Caveirac, al fin del tomo VIII de la *Historia de la Iglesia* por M. Henrion, edicion de París de 1843, en que se rebaten concienzudamente las exageraciones que los protestantes y los volterianos han acumulado sobre aquel deplorable suceso.

Asesinatos jurídicos de Tomás Moro, Fisher y 72,000 católicos ingleses, por Enrique VIII.

No es preciso detenerse mucho en este capítulo: es bien conocido de todas las personas medianamente versadas en la historia. Los protestantes mismos no lo niegan ni pueden negarlo: algunos, como el adulador Burnet, tratan de atenuarlo, diciendo que estas ejecuciones eran necesarias para establecer la reforma. Cobbet se burla de él con sangriento sarcasmo en la carta segunda del tomo I de su obra ya citada, donde habla del suplicio del gran canceller Tomás Moro, el jurisconsulto mas eminente de Inglaterra y el seglar mas probo é ilustrado, reconocido por todos los literatos de Europa como uno de los escritores mas distinguidos y mas ilustrados del siglo XVI.

Juan Fisher, Obispo de Rochester, consejero del monarca anterior y predilecto de Enrique VIII antes de su desenfreno, fué condenado á muerte, lo mismo que Tomás Moro, por no querer desconocer la soberanía temporal del Papa. Al Obispo Fisher le tuvo preso quince meses en un calabozo estrecho y hediondo, antes de sacarlo al suplicio. Se le condujo á este cubierto de andrajos asquerosos y en un estado de repugnante hediondez, pues no se limpió su calabozo en todo aquel tiempo. ¡De este modo trató aquel monstruo al Santo Prelado, á quien por mucho tiempo habia apellidado *su Padre*!

El suplicio de Juan Houghton, prior de la Cartuja de Londres, fué de los mas horribles. Así que fué ahorcado, cortaron la cuerda para que cayera de golpe al suelo: le abrieron el cuerpo y echaron á la hoguera sus entrañas palpitantes: cortáronle la cabeza y descuartizaron sus miembros, que fueron colgados en varios parajes de Londres, y clavaron un brazo sobre la puerta principal del monasterio.

Jamás la Inquisición de España hizo tales horrores con ninguno de los que relajó al brazo seglar.

No omitiré antes de concluir una noticia poco sabida. Nuestro célebre literato y filósofo Luis Vives, valenciano, uno de

los hombres mas sábios, no solo de España, sino de todo el mundo, en el siglo XVI, era secretario de la virtuosa y venerable doña Catalina de Aragon, hija de los Reyes Católicos, primera mujer, por mejor decir, primera víctima de aquel verdugo con corona.

Luis Vives fué preso inicuamente y maltratado por Enrique VIII por espacio de muchos meses, pasando grande miseria y privaciones (1).

El catálogo de las horribles crueldades de Enrique VIII contra los católicos ingleses no puede reducirse á breve espacio. Concluiré esta reseña con las palabras de Chateaubriand (*Etudes historiques*): "El protestantismo puede reivindicar en justicia algunas virtudes, tales como las de Lutero, fraile apóstata, aprobador de la matanza de los paisanos; Calvino, doctor cruel, que quemó á Servet; Enrique VIII, revisador del Misal, que hizo perecer setenta y dos mil hombres en los suplicios. ¡Hé aquí sus tres Cristos!"

Véanse sobre esto los capítulos XXVIII y XXIX del libro I del *Cisma de Inglaterra* por el P. Pedro Rivadeneira, uno de nuestros clásicos del siglo XVI, escritor contemporáneo y testigo presencial, pues vivió en Inglaterra en tiempo de la Reina doña María. La naturalidad y candor de sus narraciones y los pormenores á que descende han hecho que aun los mismos ingleses sensatos, y sobre todo los católicos de aquel país, les den gran importancia.

En aquellos capítulos se hallarán pormenores muy curiosos acerca del Obispo Fisher, que él llama Obispo Rofense, latinizando el nombre, como hace con todos, y tambien de Tomás Moro, á quien hubo de amortajar su propia hija con ánimo varonil, para que no se le arrojase á la sepultura indignamente, como al Obispo Fisher.

No puedo menos de recomendar á los católicos españoles la lectura de este precioso libro, una de las mas ricas joyas de nuestra literatura clásica, que reúne la amenidad á la erudicion sólida.

Crueldades horribles de la Reina Isabel de Inglaterra contra los católicos.

Vanosson ya todos los artificios de los herejes ingleses para alucinar respecto á la conducta de aquella mujer abominable, mons-

(1) Véase su vida escrita por D. Luis Mayans al frente de la magnífica edición de las obras de Vives, que costó en Valencia el Sr. Arzobispo Fabian y Fuero á fines del siglo pasado.

truo de liviandad y tiranía. La sana crítica ha logrado abrirse paso á través del cúmulo de imposturas, elogios pagados y declamaciones absurdas é inicuas, con que los herejes ensalzaron taimadamente á esta mujer, al paso que denigraban calumniosamente á Felipe II. *Demonio del Mediodía* llamaban estos al Rey de España, al paso que á la tirana y lasciva Isabel la seguian llamando lo *Reina doncella* (1), título que se daba á sí misma, aun á vista de sus numerosos queridos. Hija de padre fué aquella mujer inhumana, lo mismo en la liviandad que en su tiranía feroz y sanguinaria, llegando á decirse de ella, con la diferencia de sexo, lo que se dijera de su padre, que su cólera no perdonó á ningún hombre, y su liviandad no respetó á ninguna mujer.

No he hallado en ningún autor el cálculo de los católicos asesinados por la Inquisicion de la Reina Isabel; pero William Cobbet (2) lo hace subir, no á millares, sino á *muchos miles*. Sus palabras inolvidables sobre esta materia son las siguientes: "Es imposible, sin referir la historia de esta (María Stuart), conocer cómo Isabel pudo establecer la religion protestante en Inglaterra á *despecho del pueblo mismo*, porque, en efecto, fué contra la voluntad de casi todas las clases de este. Ella hizo arrancar las entrañas á algunos centenares de vasallos; ella hizo dar tormento á *muchos y muchísimos* centenares; ella mató de varios modos á *muchos miles*; y sin hablar de la *grande mortandad* que hizo en Irlanda, redujo á una absoluta mendicidad á un número igual al que en el dia forma la poblacion de uno de los pequeños condados de Inglaterra."

Tampoco el P. Rivadeneira pudo formar el cálculo de los mártires católicos; pero al fin de su obra se halla un catálogo de una obra impresa en Tréveris el año 1588, titulada *Concertacion de la Iglesia católica en Inglaterra* (3), en la cual se escribe haber sido muertos ó desterrados y despojados de sus bienes un Cardenal, tres Arzobispos y diez y ocho Obispos; un

(1) William Cobbet en la Carta X (segunda del tomo II, en la edicion arriba citada) se burla sarcásticamente de la liviandad de la *Reina doncella*, ó la *buena Reina Bess*, como todavía la llama John Bull, ó sea el vulgo inglés. Cita á Witraker, ministro protestante, que dice *pasó su vida encenagada en un desenfreno sin límites*, y da como prueba el acta del Parlamento, que aun existe entre los Estatutos de su tiempo, y es el 13 del cap. I, seccion 2ª por el cual el Parlamento en el año trece de su reinado declaró herederos legítimos de la Corona á *sus hijos naturales*, cualesquiera que fuesen sus padres.

(2) Carta X.

(3) Debe ser en latin *Concertatio*, esto es, pelea, combates ó campaña de la Iglesia católica en Inglaterra.

abad, cuatro priores y cuatro conventos de religiosos; trece deanes de catedrales, catorce arcedianos y mas de sesenta canónigos. Sacerdotes, por la mayor parte de sangre ilustre, quinientos treinta. Muchos hombres de letras, y entre ellos quince rectores de colegio, cuarenta y nueve doctores en teología y doce licenciados, diez y ocho doctores en leyes, nueve en medicina y once maestros de escuela ó de música.

De los seglares, además de María Stuard, ocho condes, diez barones, caballeros principales veintiseis, nobles mas de trescientos cincuenta y seis, y de la gente comun grandísimo número.

Viene en seguida la relacion de los colegiales procedentes de los Seminarios de Roma, Reims y Valladolid martirizados desde el año 1577 al 1652 en número de veintitres, con sus nombres, méritos y género de suplicio que padecieron la mayor parte de ellos.

En una carta que copia el mismo P. Rivadeneira, escrita por un sacerdote de los que andaban ocultos (cap. XXX del libro II), dice que habian salido del reino mas de cincuenta mil personas de lo mas principal por *recusantes*, esto es, por no apostatar del Catolicismo.

El célebre Roberto Personio (Personn), en carta escrita desde Londres á 17 de noviembre del año 1580, publicada por el P. Rivadeneira en el capítulo ya citado, confirma lo dicho en la carta anterior, siendo muy de notar que llama *inquisidores* á los esbirros y polizontes que tenia la Reina Isabel para descubrir y prender á los católicos, y que llamaban con la palabra francesa *persuivantes*. "Los nobles que han echado en las cárceles los meses pasados por causa de la Religion católica son muchos ilustres y ricos, y cada uno en su lugar poderoso, de manera que ya no bastan las antiguas cárceles de Inglaterra, pero ni aun las muchas nuevas que han hecho para ello. Pero, con todo eso, envian cada dia *nuevos inquisidores* (1) para buscar y prender á otros. . . . que de un mes á esta parte se han dado los nombres de mas de cincuenta mil que recusan ir á las iglesias de los herejes, y despues se han hallado muchos mas segun pienso."

Si en un mes se habia perseguido á mas de 50,000 católicos ¿á qué número llegarían los católicos maltratados por la *Inquisicion* de la buena Reina Bess?

"*Once cárceles públicas y bien capaces*, dice el P. Rivadeneira (cap. XXXVIII del lib. II) que habia en su tiempo, so-

(1) Nótese estas palabras por los que tanto declaman contra la Inquisicion de España, cuyas víctimas, por *todos conceptos*, no han llegado ni aun á la mitad de las causadas por esta mujer.

lamente en Londres, llenas de católicos y siervos de Dios, que están aprisionados por nuestra santa fe. Y en la torre, que es una de ellas, hay tantos linajes de tormentos y tantas maneras y formas de penas, que solo el oirlas basta para entender bien esta clemencia de los ministros de la Reina, porque son tan nuevas y tan estrañas, que compiten con la ingeniosa crueldad de los antiguos tiranos, y en algunas cosas los sobrepujan, porque dejando aparte los grillos, esposas, bretes y otros instrumentos usados para atormentar los cuerpos y cada miembro de ellos con su pena particular, hay otros tan horribles y nunca oídos, tan penosos y espantosos, que solo Satanás los pudo inventar é inspirar á los herejes sus ministros (1)."

Despues de referir los horribles sufrimientos, que se hacian pasar á los católicos presos en las cárceles y la inhumanidad con que los trataban en vida y en muerte, y aun despues de muertos, añade el mismo: "¿Pues qué diré de otra manera de castigo en que se manifiesta esta clemencia y blandura de la Reina? Doncellas honradas y honestas se mandan llevar al lugar público de las mujeres infames, para que allí sean deshonradas y afrentadas, por no querer decir mal del Papa, ó consentir en cosa contra nuestra santísima fe. ¿Hay tormento mas cruel, ni mas afrentoso y horrible para una doncella virtuosa y casta que este. . . ?"

"Baste decir que el nombre de cristiano jamás fué tan odioso á los gentiles y bárbaros como hoy lo es en Inglaterra el nombre de católico."

No copiaré mas de lo que sobre este punto dice aquel célebre y venerable escritor.

William Cobbet (2) copia la descripcion de dos de aquellos diabólicos suplicios, tomados de la nota segunda del tomo V de la Historia escrita por el Dr. Lingard: el uno es del haro de hierro dentro del cual se *enroscaba* el cuerpo de la víctima: era tan *suave* este procedimiento que las víctimas echaban sangre no solamente por ojos, boca y narices, sino hasta por las puntas de los dedos. El otro era el del marco, y servia para los interrogatorios, estirando en él los miembros de los *interrogados*, hasta descoyuntarlos, si no respondian á satisfaccion de los jueces.

El protestante Strype (citado por William Cobbet) calcula en unos quinientos los que hacia ahorcar anualmente la buena Reina Bess; pero el mismo añade que se quejaba que eran pocos. Con todo, no es exacto este cálculo, pues si se cuenta

(1) Véase su descripcion en la obra citada *Theatrum crudelitatum haereticorum*.

(2) Véase hácia al fin de la Carta XI.